

Enemigo al acecho

A partir de aquel 12 de septiembre de 1877, Sung Boreum no había vuelto a escribir en su diario: las páginas restantes estaban en blanco, por lo cual deduje que había muerto poco después de haber intentado evocar al demonio en el establo. Digo que lo intentó, pues dudaba que lo hubiese logrado: después de vivir tantas aventuras de índole sobrenatural, ya no creía que el mismísimo Satanás acudiese al llamado de los hombres, al menos no con tal facilidad. Estaba convencido de que aquel hombre de aroma repugnante y ropas finas era un ser de carne y hueso, muy probablemente dotado de poderes mágicos provenientes de un pacto con el maligno. Debía tratarse, pues, de un brujo iniciado, similar a los mencionados por Jimin en una ocasión, y no de uno natural como los strigoi o como yo. No creía que pudiese tratarse del padre de Jimin, y no solo porque su descripción y actitud distaran tanto de parecerse a aquellas expuestas en el manuscrito de Min Yoongi: a diferencia del primero, era evidente que este no sabía dónde encontrar a Pie de Bruja. Tampoco estaba enterado de que Jimin era conocido por su miseria, lo cual, precisamente, había constituido la parte más importante de la estratagema ideada por su padre para ocultarlo. Por último, decía haber visto al infante solo una vez, y yo sabía muy bien que Jimin se había reunido a los seis años de edad con su padre, en una caverna en cuyo cráter el último lo había marcado. Aunque Sung Boreum estaba fuera de sí, quizá a causa de las contradictorias doctrinas de su congregación y la lujuria que la dominaba, era una narradora puntual, y Jimin estaba representado con claridad en las líneas de su diario. Aunque fuese bastante menor en el tiempo de la narración, tal era el hombre que yo conocía y amaba. Así pues, no tenía por qué dudar de la precisión de las últimas páginas de aquel manuscrito y, por lo tanto, solo me quedaba preguntarme quién querría encontrar a Jimin con tal ahínco, y con qué propósito. Aquel hombre era, con toda certeza, un impostor, y yo había oído hablar de ciertos tíos quienes, además de ser asesinos despiadados, deseaban matar a Jimin más que nada en el mundo. Necesitaba enseñarle aquel diario a Jimin con urgencia pues, si de hecho uno de sus malvados tíos había estado presente durante su nacimiento, era posible que este hubiese envenenado a la hermosa hechicera. Al menos el corazón de Jimin podría descansar al comprobar que no había sido su maldad la que había matado a su madre. ¡Rayos! Quizá me odiase por saber más de lo que había querido contarme de su infancia y lo que había padecido a causa de SungRok, pero ya había decidido no verme jamás y, aunque me reiterase su elección, una parte de mí estaría feliz si él se deshacía de aquel remordimiento tan profundo e injustificado. Había pensado entregar el diario a las autoridades de Vršac al día siguiente: era suficiente al menos como para que se interesaran en Dobro y decidiesen investigar al reverendo por los delitos de violación y sodomía. Yo declararía haber hurtado el diario de la casa de HyeYoung y, aunque la ley suele pasar por alto la violación femenina si la víctima no la hace pública de inmediato y no exige que una partera realice una verificación subsecuente, reportaría el caso de MinJu, la última pequeña ultrajada por SungRok. Pediría a El que se quedase en Vršac durante un tiempo y me enfrentaría a cualquier represalia por parte de la congregación. Así, quizá se haría justicia al fin. Pero si cedía el diario a la policía, corría el riesgo de perderlo y tal vez jamás podría enseñárselo a Jimin. Entonces se me ocurrió arrancar las últimas páginas del manuscrito y dar a la policía lo demás. Nadie necesitaba saber que Sung Boreum había evocado al demonio. De hecho, aquel aparte la haría lucir como una enajenada

mental ante cualquiera que se preciase de ser razonable, y quizá incluso causaría que se descartasen las importantes verdades documentadas previamente en la narración. En cuanto al pequeño Namjoon, tendría que averiguar si de hecho Boreum había llegado a asesinarlo pero, fuese como fuese, ya no podría pagar una condena por el homicidio pues estaba muerta. Por otra parte, de ser imprescindible para la investigación, entregaría las últimas páginas del diario a la policía una vez Jimin las hubiese examinado. De tal modo, desprendí las hojas necesarias del cuaderno y, al sacudirlo, una lámina suelta de delicado papel cayó sobre mi regazo: se trataba de una pequeña nota conmemorativa del funeral de Sung Boreum en Dobro, firmada por el reverendo y HyeYoung. Databa del 16 de septiembre de 1877, cuatro días después de que la narración del diario finalizase. «¡Perfecto!», pensé entusiasmado. Era justo lo que necesitaba para demostrar que el reverendo había timado al banco de Vršac. Si no lo enviaban a prisión por lo que hacía a los pequeños de su congregación, al menos lo harían por haberse apropiado de una herencia que no le correspondía. Deposité el diario junto a mí y desaté la cinta que sujetaba las cartas. Necesitaba enterarme de su contenido de inmediato, por exhausto que estuviese a causa de las emociones. Gracias al matasellos, advertí que el sobre de mayor antigüedad había sido enviado a HyeYoung desde el Reino de Rumania, y mis latidos se aceleraron conforme desplegaba ante mí su contenido. Leí:

20 de septiembre de 1877

Estimada señora Hye:

Confío en que usted y el reverendo procedan como acordamos en lo concerniente al bastardo. Sin duda habrá podido comprobar que el muchacho lleva en la espalda la marca mencionada, lo cual deberá garantizarle a SungRok el apoyo incondicional de la congregación. Estoy seguro de que su rebaño sentirá que cumple la más estricta voluntad de Dios: de tal modo, nadie se atreverá a acusar al reverendo de ser injusto y él podrá continuar llevando su lamentable existencia en ese horrible pueblo. Confío también en que sepa que, cuando digo que la estimo, lo hago por cortesía y solo porque cuento con que haga buen uso de su moderada inteligencia: recuerde que, como el bastardo y la difunta Sung Boreum, yo también conozco su secreto pero, a diferencia del primero, poseo la riqueza y el poder necesarios no solo para asegurarme de que usted y su cómplice sean expulsados de su comunidad y repudiados por todos, sino para que el reverendo pase el resto de sus días en una oscura celda: no olvide que durante mi breve estadía en Dobro atestigüé el cruel modo en que asesinó a su mujer, esa pobre chica, empujándola al pozo para que no lo expusiera ante quienes lo creen un mensajero de Dios. Escribame a esta dirección en cuanto tenga noticias dignas de mí y le garantizo que sabré recompensarla.

Atentamente,

SU ÁNGEL GUARDIÁN.

P. S.: Cuando partía de Dobro, hallé los huesos de un niño pequeño en el bosque. Parece haber sido devorado por lobos. Quizá se trate del chiquillo a quien su congregación buscaba con tanto afán... Yo, al menos, sé por qué usted y el reverendo deseaban hallarlo con tanto interés: un apetito insatisfecho es difícil de sobrellevar.

No había un nombre que pudiese incriminar al autor. Este era en extremo cuidadoso y, por los vocablos que había elegido, no se lo podía acusar de haber perpetrado ningún crimen. En cuanto a la dirección proporcionada, no era más que el número de un apartado en la oficina de correos de Bucarest, y mi instinto de hechicero me decía que ni siquiera le pertenecía a él. Era el chantaje perfecto. Abrí el sobre siguiente de inmediato:

13 de octubre de 1877

Estimada señora Hye:

Así que tiene en su poder el diario de Sung Boreum. La felicito: usted y el reverendo están a salvo por ahora, al menos hasta que uno de los chicos a quienes torturan decida hablar. Sin embargo, no comprendo cómo osa acusarme de haberle pedido a la difunta Boreum que matase a ese niño, en especial cuando es tan obvio que fue devorado por bestias. Reí largamente al descubrir su intención de obtener mi dinero por medio de la intimidación. ¿Espera que alguien crea que soy el diablo y que acudí a ella en la mitad de la noche, atraído por un símbolo demoníaco? Sin duda está usted tan trastornada como la difunta. ¡Ah, los frutos del puritanismo! ¡Son todos orates! Dígame, señora Hye: ¿no la incrimina a usted el diario de la difunta? Eso pensé. Por otra parte, ya debe haber deducido, y no se equivoca, que no recibirá nada de mi parte debido a que fracasó en lo concerniente al bastardo. Esto explica que haya intentado proveerse alguna ganancia mencionando aquel disparatado incidente del diario de Sung Boreum. Vuelvo a reír de sus torpes artimañas. Pero, retornando al asunto del bastardo, debo preguntar: ¿cómo pueden ser tan ineptos? ¿Quién tuvo la estúpida idea de prenderle fuego a su cabaña? Apuesto a que fue SungRok. En fin, me resulta increíble que un grupo tan numeroso haya sido incapaz de seguir una instrucción tan sencilla como sujetarlo y darle a beber una medicina. Deberían haber logrado ahuyentar la manada de lobos que lo ronda, la cual, como sabe, me atacó cuando intentaba abordar al muchacho con la mejor de las intenciones, obligándome así a partir antes de cumplir con mi cometido. Delira usted, por supuesto, al afirmar que se trataba de un potente veneno. ¡Eso querría decir que usted misma fue a buscar a ese muchacho inocente con la intención de matarlo! No me diga que, en un arranque de euforia colectiva, la congregación decidió quemarlo vivo... ¡Por Dios! He estado lidiando con animales. Escribame en cuanto el bastardo reaparezca, si lo hace. Decepcionado, SU ÁNGEL GUARDIÁN.

Estaba claro que el autor poseía el ingenio suficiente para refutar cualquier acusación por parte de HyeYoung, aunque algo me decía que esto no le importaba en lo absoluto sino que, más bien, quería dejarle en claro que no hacía más que hundirse a sí misma al intentar incriminarlo con el fin de obtener algún provecho material. Aun así, para quien conociese la historia de Jimin y hubiese leído el diario de Boreum, era evidente que el autor de las cartas había dado instrucciones precisas a HyeYoung, las cuales consistían en asesinar a Jimin con la ayuda de la congregación con pretexto de librar al pueblo, y de paso a toda la humanidad, de la presencia siniestra del hijo del diablo. Posiblemente no le hubiese proporcionado siquiera una explicación al respecto de por qué deseaba ver muerto a Jimin, puesto que ya le había revelado qué tan peligroso demostraba ser

tanto para ella como para el reverendo. Pensé que aquella carta no había sido de particular importancia aun si esclarecía un detalle particular: el autor no había tenido la capacidad de enfrentar a Jimin por sí solo. La carta siguiente, en cambio, me dejó sin aliento. No tenía matasellos pero había sido escrita recientemente y muy cerca de allí:

24 de julio de 1892, Dobro.

Estimada señora Hye:

Espero que el regalo que les hice ayer a usted y al reverendo sirva para afianzar nuestra amistad, así como también espero tomen las medidas necesarias para que el nuevo aliado del bastardo desaparezca. Lo dejo a su discreción. Han de recordar, sin embargo, que no pueden ser lo suficientemente cuidadosos cuando se trata de proteger un secreto tan grave: aunque Sung Boreum no pudo delatarlos, quizá el recién llegado lo haga. Deben actuar esta misma noche. Si usted y el reverendo (o la congregación) necesitan pruebas del vínculo que une al forastero y al bastardo, bastará con que echen un vistazo al medallón que ahora pende del cuello del chico: es el mismo que Pie de Bruja llevaba la última vez que lo vi, hace quince años, cuando los lobos me atacaron. Supongo podrán reconocerlo también. Seguiré velando por su bienestar,
SU ÁNGEL GUARDIÁN.

P. S.: Veo que SungRok ha desarrollado un interés personal por el forastero. No deseo atemorizarla, pero es mi deber informarle que es un brujo.

Mis ojos se humedecieron de miedo: ¡la mirada maligna! ¡Era él quien me había estado observando desde el bosque! No comprendía por qué tenía algún interés en mí y me preguntaba si había descubierto mi poder natural por accidente o si me habría rastreado a causa del mismo, pero estaba seguro de no representar ninguna amenaza para él. Además, yo no conocía el secreto de SungRok y su cómplice hasta aquella noche y, si ellos no me hubiesen asediado en primer lugar, quizá nunca hubiese pensado en investigar a HyeYoung. Lo más extraño de todo era que la carta había sido escrita precisamente el día en que había visitado el campamento gitano, es decir, horas antes de que Jimin me raptase. ¡No éramos aliados entonces! Sin embargo, el autor de las cartas bien se había anticipado a nuestro encuentro fortuito, bien había mentido de forma deliberada para manipular a la congregación de modo que, una vez más, obrase de acuerdo con sus caprichos, aunque SungRok y HyeYoung siempre creyeran perseguir un interés personal. Si el autor de las cartas era, en efecto, uno de los tíos de Jimin, sabía por qué deseaba matar al único sucesor legítimo del diablo. ¿Pero por qué demonios querría matarme a mí? Leí la cuarta y última carta con terror. Al igual que la anterior, tampoco tenía matasellos. Había sido escrita un par de días después de que Jimin y yo nos despidiésemos con aquel abrazo que no podía borrar de mi mente, justo antes de que yo partiese a Vršac con El.

2 de agosto de 1892

Estimada señora Hye:

La perdono solo porque yo mismo me equivoqué. Hicieron bien escarmentando al brujo forastero y

a la mujer serbia que lo acoge. Eso les enseñará a respetar a su congregación. Era propicio que el forastero no se hallase en casa aquella noche: de lo contrario, todos habríamos pasado grandes apuros, y en esta ocasión me incluyo, aunque no por las mismas razones que usted o su cómplice: necesitaba ver al bastardo una vez más y el forastero fue la carnada perfecta para encontrarlo. Tuve que atestiguar una escena que casi habría sido conmovedora a pesar del absurdo: estuve a punto de creer que el bastardo estaba enamorado de verdad. Pero eso no importa, pude seguirlo y asegurarme, en esta ocasión, de administrarle la medicina mientras dormía, como ustedes debieron hacer hace ya tantos años. Por suerte, sus lobos no lo acompañaban; prefirieron quedarse rondando la casa del forastero, quizá para devorarlo al fin, como el reverendo habría deseado hacerlo. Disculpe, hoy estoy de buen humor. En todo caso, ya no tendremos que preocuparnos por el bastardo. Ha sido «curado» definitivamente. En cuanto al forastero, me encargaré de que olvide al bastardo y, en lo posible, se marche de Banat. Si se queda, aun así, ustedes deberán decidir qué tipo de castigo merece un brujo como él. Puede que no sepa nada... pero también puede que lo sepa todo. Me inclino por la segunda opción. Hagan lo que hagan, recuerden que la justicia es más propensa a olvidar una muerte accidental que un homicidio. Adiós, señora HyeYoung. Ya nunca volverá a recibir cartas de mi parte.

Complacido,
SU ÁNGEL GUARDIÁN.

Corrí a despertar a El: sabía que corríamos peligro inminente ahora que había robado el diario y las cartas del baúl de HyeYoung. Como pude, le expliqué todo lo que había descubierto al tanto que ataba a Berz a la carreta y la obligaba a sentarse en ella. Le entregué el diario de Sung Boreum y la nota del funeral de la misma, indicándole que se dirigiese a Vršac y contactase al banquero para que él la acompañara a hacer el denuncia en la policía de inmediato. Por último, puse a Nóc en la carreta para que El la llevase consigo: estaba seguro de que su prima podría acogerlas a las dos mientras yo me reunía con ellas en la ciudad. Obligué a mi nana a jurar que no volvería a Raskrsnica bajo ninguna circunstancia hasta que nos encontrásemos de nuevo y me aseguré de que tuviese todo el dinero del que disponíamos: yo no podría usarlo. Una vez espoleé a Berz para que iniciase la marcha y El desapareció en la distancia, busqué la última nota que Jimin me había enviado: la caligrafía era, como sospechaba, la misma del autor de las cartas enviadas a HyeYoung. El dolor no me había permitido cuestionar su autoría, pero ahora sabía que Jimin jamás la había escrito. ¡Por todas las hogueras de la historia! ¿Por qué no me había matado aquel hombre con sus propias manos en vez de enviarme notas falsas y aconsejar a HyeYoung que se deshiciese discretamente de mí? La angustia que experimentaba al no saber qué había sido de Jimin amenazaba con paralizarme. Las colinas de Vršac eran tan vastas que, sin una guía precisa, jamás lo encontraría. Empecé a llorar, desesperado: no quería creer que estuviese muerto como el autor de las cartas insinuaba, pero tampoco podía concebir una alternativa con la que aquel brujo rumano pudiese mostrarse tan satisfecho. ¿Qué podía ser tan terrible como su muerte? ¡Nada! Habían pasado poco más de cuatro días desde que «el ángel» había escrito la última carta: si existía alguna posibilidad de que Jimin hubiese ingerido un veneno y sobrevivido, esta se veía reducida cada segundo que yo no empleaba en buscarlo. Me viré hacia el bosque con los ojos encharcados y sin hacer nada por disimular mis fuertes sollozos, cuando discerní una figura borrosa. Venía corriendo hacia mí al igual que el día en que creía haber perdido a Nóc en el

incendio. Segundos después, lo reconocí. Se detuvo en seco antes de chocar contra mí, postrándose a mis pies y gimoteando: era el lobo al que yo había sanado tiempo atrás, y llevaba un gran jirón de un familiar tejido de lana negra entre los dientes, el cual colgaba de sus fauces. Supe al instante que pertenecía a la falda de Jimin.

—¡Llévame a él! —grité entre lágrimas, acariciando su lomo, y el animal se incorporó de inmediato, dándose la vuelta sin cesar de chillar. Cuando se cercioró de que lo seguía, inició un trote lento en dirección a la colina.